

**PSICODINAMICA Y FORMAS DE COMPROMISO PSICOSOCIAL
EN LA REVOLUCION AGRARIA PORTUGUESA ***

Peter Jüngst
Universidad Kassel

RESUMEN

Este artículo pretende probar la utilidad del concepto de sociedades *frías* y *calientes* de Mario Erdheim en el caso de la transformación de las estructuras agrarias tradicionales, a la luz de la dinámica psicosocial de la revolución agraria portuguesa. Aplicando dicho concepto, las nuevas cooperativas se pueden interpretar como un frágil compromiso social entre tendencias "regresivas" y "progresistas" en las transformaciones de los referentes psicosociales y económicos. Los fenómenos posteriores de disolución de aquel compromiso psicosocial que cedieron a la presión de la realidad exterior, y los miembros de las cooperativas se desviaron hacia antiguas pautas de conducta, se pueden comprender también desde dicho planteamiento etno- y psicoanalítico.

ABSTRACT

This article argues the utility of the concept of *cold* and *hot* societies of Mario Erdheim in the transformation of the agrarian traditional structures, considering the psychosocial dynamic of the agrarian Portuguese revolution. From this concept the new cooperative could interpreted as a fragile social commitment between regressive and progressive tendencies concerning the psychosocial and economic transformations. Posterior phenomenons of breakup of that psychosocial commitment yielded to the pressure of the external reality and the members of the cooperative deviated toward conductual old rules. Those phenomenons also are comprehensible to the light of such etno- and psychoanalytic formulation.

Sociedades "frías" desde la perspectiva sociopsicoanalítica: el control de los instintos como forma de adaptación social

Las reflexiones que se exponen sobre el desarrollo de la revolución agraria portuguesa tienen como punto de partida un planteamiento sociopsicoanalítico propuesto sobre todo por Erdheim (1982) en sus investigaciones sobre sociedades "frías" y "calientes". Aunque es imposible clasificar de forma unívoca a los campesinos del Alentejo en una de esas dos categorías ideales (Levy-Strauss, 1975), sin embargo representan sujetos que, en

nuestra opinión, manifiestan una escasa “individuación” y en gran medida dependen de agrupaciones, que en muchos aspectos se parecen a las sociedades “frías”. Es típico de los procesos de socialización de tales sociedades el control de las perturbaciones pre-edípicas y especialmente de las edípicas con la ayuda de diversos mecanismos psicosociales, que pueden ir desde “iniciaciones” (Erdheim, 1982; Reik 1919), hasta los complejos míticos que actúan de forma sutil (Meder, 1988 y Jüngst y Meder, 1990a), pasando por mecanismos educativos rigurosos y de represión (Erdheim, 1973). De ese modo se produce en las nuevas generaciones una fuerte fijación a los valores y normas preexistentes en la sociedad, que tiene como finalidad evitar la aparición de tendencias edípicas y pre-edípicas características de la fase de la adolescencia. La inhibición de esas impulsivas perturbaciones instintivas impide además la maduración de los conflictos en el trato con la generación de los progenitores y con ello, en último término, el distanciamiento respecto de éstos. Las tendencias de individuación se restringen y adquieren más peso cuando los deseos y agresiones hacia los progenitores o hacia el grupo –cualquiera que sea– se pueden llevar a cabo con más intensidad. El adolescente juvenil en su plenitud de impulsividad, en vez de llevar hasta el final tales deseos y agresiones, derivados de experiencias previas y que ahora se manifiestan con especial intensidad, se ve obligado a someterse casi por completo al colectivo, el cual evidentemente garantiza la satisfacción de sus necesidades emocionales y materiales. Este conjunto psicosocial –en la dimensión de los procesos primarios reprimidos– se puede interpretar como una prolongación simbólica a un nivel superior de escenas anteriores (Lorenzer, 1973, 1983). Es decir, al grupo se asocian sobre todo connotaciones “maternales” (Erdheim, 1982, 292 y ss), mientras que a los dirigentes del grupo se asocian los aspectos “paternales” (Federn, 1919). El individuo que se distancia del grupo tiene que afrontar sentimientos de alejamiento y de aniquilación; le amenaza, por así decirlo, la “muerte social” (Levy-Strauss, 1960).

Del mismo modo, las sociedades “frías” han aprendido a mantener a raya, mediante ciertas estrategias sociales, las perturbaciones intra e intersíquicas y, por tanto, las tendencias y necesidades que pueden inducir a cambios psicosociales; pero con ello tales sociedades ven limitadas también sus posibilidades de desarrollo. Además no se consigue que la fuerza instintiva, colectivamente reprimida, de los miembros de la sociedad desaparezca sin dejar rastro, sino que más bien se socializa y así puede ser utilizada para la producción y reproducción y, sobre todo, está disponible también como potencial de descarga agresiva para los enfrentamientos existenciales con otras sociedades (Jüngst, 1996). En sociedades “calientes” (como la nuestra, por

ejemplo) que han abandonado o al menos debilitado tales mecanismos –por las razones que sea, las tensiones intra e intersíquicas resultantes de tales tendencias y necesidades son vividas de forma perspicaz en el colectivo, o bien se transforman en formaciones sociales o también se canalizan a través de éstas. De ese modo, se generan fuerzas instintivas que, por un lado, sirven para desarrollos sociales posteriores, pero por otro, favorecen la aparición extrema de lo que podemos denominar “explotación” (Jüngst, 1988 y 1995). La autonomía creciente de los sujetos frente al colectivo y sus valores y normas, así como el potencial revolucionario-rebelde y dinámico de sus miembros juveniles, es un componente esencial de la capacidad de desarrollo de las sociedades “calientes” que las propias perturbaciones de la adolescencia (dilatada) convierten en más creativo aún.

Sobre los mecanismos tradicionales de socialización entre los campesinos: la transmisión intergeneracional de la sumisión

El concepto de sociedades “frías” no se puede trasladar sin más al subgrupo social de los trabajadores portugueses del campo; no obstante, su teoría, entresacada de la realidad etnográfica, puede aportar elementos para aclarar lo específico de las estructuras relacionales dentro del mismo grupo o de éste con otros grupos. Este intento metodológico es completamente legítimo, sobre todo si tenemos en cuenta que también dentro de las sociedades “calientes” ciertos subgrupos sociales se pueden considerar como “congelados”. Es decir, las agrupaciones dominantes de tales sociedades actúan, por decirlo así, con vistas a la creación y perpetuación de “sistemas de congelación” (Erdheim 1982, 326 y ss, y 185), dentro de los cuales el potencial edípico-rebelde de subgrupos sociales enteros es “controlado”, orientado y canalizado en la dirección de los intereses del poder. Por consiguiente, si partimos de que la socialización de los trabajadores del campo portugueses se parece en muchos aspectos a los de las sociedades “frías” o bien a los segmentos fríos –excluidos del progreso– de las sociedades “calientes”, podremos, por ejemplo, llegar a comprender porqué los trabajadores portugueses de la tierra apenas se interesaban (si prescindimos de una minoría especialmente en la zona costera con una modalidad sociocultural específica) por la distribución individual de la tierra ocupada. Esa acción significaba tener que enfrentarse a la soledad del propio yo. Debido a la falta de desarrollo de recursos propios externos e internos y, dada la escasa fuerza del yo, habría provocado ansiedades pre-edípicas y –frente a la competencia potencial de otros– edípicas profundamente enraizadas.

Es cierto que el colectivo tradicional, cuya composición era muy variable puesto que eran “temporeros”, ofrecía solamente una protección condicional (en contraposición a lo que sucede en el tipo ideal de sociedades “frías”), debido a su escaso poder y a que era potencialmente corruptible y con frecuencia corrupta. La corrupción era entre otras cosas resultado necesario de sociedades rurales totalmente heterogéneas (Cutileiro, 1971, 50-68), y de la poca capacidad para realizar acciones de solidaridad, las cuales, sin embargo, si se producían de forma continua en las relaciones de parentesco y de vecindad. Al mismo tiempo resultaba muy eficaz el esfuerzo de los grupos dominantes por impedir que aflorara la agresividad latente, mediante ofertas de relación que creaban división (entre temporeros y fijos, o incluso dentro del grupo de los temporeros; Bustorff, s/f, y Avante, *Kulturarbeit*, 1982), y por dirigir el potencial agresivo hacia el interior de las estructuras de relación dentro de los subgrupos sociales. Es posible que los componentes de una agresividad enquistada y manifiesta, de desconfianza y de desprecio, desplazados hacia el grupo social de trabajadores del campo, influyeran en la socialización primaria y secundaria; es decir, empezaron a captar a los sujetos ya en su temprana historia. Esta pudo ser quizás la vía por la que se estableció en la vida de cada uno esa cierta fragilidad de las estructuras de relación internas del grupo, en consecuencia con las actuales formas de producción y reproducción.

En líneas generales, las relaciones asimétricas de terratenientes y trabajadores de la tierra estaban cargadas de agresividad directa e indirecta. Era una agresividad de la que era difícil escapar y que tampoco fue compensada, ni siquiera parcialmente, por suficientes prestaciones recíprocas (como sucede, por ejemplo, en las sociedades “frías” en la relación entre jóvenes y viejos). No obstante, las relaciones laborales en el latifundismo de Portugal, en el espacio de tiempo del que aquí se trata, apenas mostraron los tradicionales rasgos patriarcales (Nave, 1990; también Barros, 1986), ni siquiera el aspecto de una beneficencia paternalista. Es verdad que a la opresión de los latifundistas, el proletariado de la tierra opuso su propio carácter marcadamente agresivo, expresándose en una imagen dicotómica de la sociedad, en la “actitud de rechazo y de desconfianza contra la jerarquía y el poder” y de la “maldición y la condena moral” (Reis 1990); pero tales imputaciones negativas en absoluto significaron un desahogo esencial.

Las formas practicadas de resistencia colectiva, que los obreros habían desarrollado contra las extremas injusticias de los latifundistas (Jüngst y Jülich, 1982, 30 y ss), se pueden considerar como expresión de dicha agresividad –que enlazaba con viejas ideas opuestas a la riqueza de unos pocos en una economía moral de aldea. Como formas de resistencia –pasivas por

principio— frente a las relaciones de poder fácticas proporcionaban sólo cierto desahogo interno, y los sujetos tenían que dirigir contra sí mismos la agresividad experimentada (p.e. en forma de trastornos psicósomáticos), intentar ahogarla en la bebida —una forma de anestesia que propietarios y administradores favorecían ocasionalmente con sus abundantes distribuciones de vino. Naturalmente esa agresividad también se utilizaba contra la familia, como en el sometimiento de las mujeres, lo que implicaba también relaciones por lo general insatisfactorias con el otro sexo (véase, por ejemplo, Bustorff y otros, 1982). Dentro de las sociedades “machistas” el hacer pagar al cónyuge femenino la injusticia recibida, enlazaba con aquella necesidad interna de reprimir a la mujer, que en la historia individual se debe al rôle dominante de las figuras maternas durante las primeras fases de la vida (véase, por ejemplo, Mendel, 1972).

Ese giro en contra de la propia familia significó al mismo tiempo también una orientación específica de los hijos. Naturalmente, sería necesario seguir atentamente el desarrollo de tales procesos; pero en todo caso podemos, en analogía, por ejemplo, con las poblaciones agrarias del mundo antiguo (ver Jüngst y Meder, 1992) presuponer que los padres inculcaban en sus hijos fuertes actitudes de sumisión e inscribían en ellos las correspondientes representaciones. Estos a su vez asociaban a la temprana imagen paterna aquellas características, que quizás volvieron a renacer simbólicamente en las relaciones con figuras del estrato latifundista y de sus administradores, a las que se le atribuye un enorme poder (sobre los correspondientes mecanismos psicosociales véase Federn, 1919). Al transmitir los padres a sus hijos las heridas psíquicas recibidas en la vida diaria, los ligaban fuertemente a sus futuros rôles sociales. De esa manera, se producía una transmisión generacional de las predisposiciones psicosociales correspondientes a aquellas expectativas conscientes e inconscientes que en el contexto de dominación se les asocian.

El proceso de las ocupaciones de tierra durante la revolución portuguesa, pero también la fase inmediatamente siguiente de la construcción de cooperativas, reflejan las disposiciones individuales y colectivas arriba esbozadas: el vacilante inicio de ocupaciones de tierras nos remite a una considerable inhibición de la agresividad —en vista de la injusticia experimentada y consciente. Además, en el caso de los “fijos” los lazos que los ligan a los administradores y a los “dueños”, aunque ambivalentes, contenían una tendencia a la inercia y una disposición a negociar. Los trabajadores del campo sólo podían superar la postura de inhibición que de ello se deriva, bajo la dirección de pequeños empresarios con una fuerte personalidad, de “alugadores” y arrendatarios (véase Jüngst y Jülich, 1982, 22 ss). También las diferencias

espacio-temporales de las ocupaciones (ibídem, 58 y ss) remiten a una pasividad de los trabajadores del campo, cuya activación dependía enormemente de las figuras de líder. Así el tardío inicio de ocupaciones a gran escala en el distrito de Beja, se debió a la fuerte autoridad del partido comunista y de sus representantes (ibídem) que, a pesar del éxito evidente de las ocupaciones hechas en otras partes, no tuvieron mayor dificultad para mantener quietos a los trabajadores del distrito de Beja en su conjunto, y luego motivarlos sin esfuerzo a acciones colectivas ya iniciadas.

Los ocupadores de fincas entre la individuación y el debilitamiento. Las nuevas cooperativas como formas organizativas de un compromiso psicosocial

La ocupación de las fincas de los grandes terratenientes pareció dar a los obreros del campo la oportunidad no sólo de atemperar en breve tiempo las condiciones externas de vida, sino también de remodelar la estructura de las relaciones intra e intersíquicas. Con el triunfo inicial de la revolución desapareció la represión externa, pero también las correspondientes figuras directivas eficaces, percibidas como *imago*, que antes aseguraban la producción agraria y, por tanto, el abastecimiento material de subsistencia, aunque fuera muy deficiente. En tales condiciones, el individuo tenía en principio la posibilidad de estar presente y poder construirse una vida con cierta autonomía respecto de los contextos de grupo con una marcada responsabilidad propia. Tal posibilidad fue aprovechada por un reducido número de pequeños campesinos que, de todos modos, ya habían tenido anteriormente experiencias similares. Para asumir esa responsabilidad propia, los obreros del campo tropezaban no sólo con las condiciones reales de producción en la mayoría de las empresas agrícolas, sino también –y en especial– con las disposiciones psicosociales de los afectados.

Se rechazaba una autonomía exagerada debido al temor a que desapareciera el amparo de los grupos de trabajo, pero también porque la renuncia al control de la autoridad provocaba miedo a estar abandonado y desamparado, y todavía más en la medida en que sólo poseían escasos conocimientos –adquiridos en los procesos de socialización secundaria– capaces de hacer posibles formas más autónomas de ganarse el sustento. En ese sentido, las formas cooperativas de organización de la producción, dominantes desde el principio, se correspondían en esencia con una forma de compromiso psicosocial (ver Heigl-Evers y Heigl, 1979 y 1983; Jüngst y Meder, 1990a 56 y ss). Este compromiso apuntaba directamente por un lado, a la defensa frente a la an-

siedad y a los sentimientos de desamparo, que amenazaban con ponerse de manifiesto ante la perspectiva de tener que valerse por sí mismo. Por otro lado, el refugiarse en el fraternal “tropel” de los miembros de la cooperativa permitía al individuo participar en un “nosotros” o grupo, cuya fuerza idealizada se presentaba como capaz de hacer frente a las nuevas formas de ganarse la subsistencia y a las maquinaciones punitivo-sádicas de las antiguas figuras de dominación revestidas de tonos paternos. Al mismo tiempo, aquel grupo-nosotros prometía un sustento mejor y más duradero sin los antiguos sentimientos de dependencia respecto de los caprichosos, despóticos y explotadores latifundistas. Aquellos deseos de autonomía e independencia, que hasta entonces habían sido frustrados y “castrados” por el latifundismo y sus representantes, se presentaban como realizables en la participación en el grupo. Por fin se podía acceder a la propiedad de la tierra y de los bienes raíces – como garantía última del sustento y de la existencia– mediante la identificación con el grupo. Esos bienes raíces representaban inconscientemente una imagen básica –de carácter materno– que estuvo previamente, por decirlo de algún modo, a disposición del “patrón”; pero que al liberarse de la figura paterna, se hizo accesible. Sin embargo, en el terreno de las fantasías inconscientes representaban pretensiones a las que el individuo –todavía no liberado de la amenaza de castración– sólo se sentía capaz de hacer frente como miembro del grupo.

Esta nueva figura de compromiso psicosocial era en realidad muy frágil. Las tradicionales formas de solidaridad fraternal de los trabajadores presentaron fisuras (véase más arriba) relacionadas sobre todo con formas de rechazo e inhibición en el trabajo (Nave, 1990; también Martínez-Alier, 1968). Como disposiciones psicosociales entraron también a formar parte de los nuevos conjuntos de dinámicas de grupo. Pero sobre todo, el debilitamiento de la autoridad y de los tradicionales lazos de lealtad amenazaba con desencadenar desórdenes psicosociales que ponían en peligro las posibilidades de conocimiento y de acción de los colectivos. Las discusiones y disputas, con frecuencia interminables, así como los frecuentes cambios de líderes eran típicos síntomas del intento de establecer una forma organizativa “democrática” responsable, para la que los sujetos implicados presentaban sólo en parte las condiciones psicosociales necesarias (véase más adelante las diferencias entre regiones respecto de tales disposiciones psicosociales). A medida que se iban produciendo los cambios sociales revolucionarios los trabajadores se enfrentaban a situaciones de relación para las que no habían sido preparados, como tampoco lo estaban para las situaciones en las que no existían lazos firmes de autoridad en la organización del trabajo. No tenían un yo fuerte y consolidado, como los pequeños granjeros y los renteros autó-

nomos. Con la desaparición de las figuras de autoridad se dispararon los deseos, ansiedades, agresiones, sentimientos de culpa y de vergüenza que antes habían sido apaciguados por la presencia de *imagenes* paternales prepotentes.

La socialización de los sujetos no los había preparado lo suficiente como para hacer frente a los correspondientes complejos internos míticos, de forma que amenazaban con hundirse en perturbaciones psíquicas y, sobre todo, les faltaban las habilidades necesarias para una dialéctica comunicativa entre sujeto y grupo, lo que en realidad implica una dialéctica entre viejo y joven, entre hombre y mujer, y que, por tanto, presupone formas de relación libres de transferencias exageradas en los procesos primarios. Un conjunto de elementos de socialización, autoritariamente acentuados y de matiz machista, había inculcado en los sujetos huellas de recuerdos ilícitos que, una vez evocados, debían ser puestos en acción o bien ser neutralizados mediante los diversos mecanismos de defensa.

Así la igualdad formal de hombre y mujer dentro el grupo chocó con aquellos miedos –especialmente acentuados en sociedades machistas– respecto de las figuras maternas y los correspondientes deseos incestuosos, es decir, desmedidos. Sentimientos de furia, de envidia así como otros de carácter más bien edípico, amenazaban con convertirse en el elemento determinante de la dinámica intra e intersíquica, con el que los grupos de miembros de la cooperativa debían enfrentarse. A la relación entre joven y viejo era inmanente aquel sadismo autoritario que los hijos habían sufrido especialmente por parte del padre frustrado, y que en definitiva tenía el color de los celos por la relación de los hijos con la madre. La rabia por las humillaciones sufridas, pero también el desencanto por la impotencia real del padre, impregnó de forma tanto más latente y manifiesta la dinámica de grupo, cuanto que sus estatutos formales, los modos de organización de las “cooperativas de producción agrícola” más pequeñas (por contraposición a la mayor parte de las grandes UCPs, –Unidad Colectiva de Producción) casi no seguían orientándose por regulaciones autocráticas (Jüngst y Jülich, 1982, 78 ss y 92 ss).

Además en las nuevas cooperativas amenazaban con desencadenarse aquellos sentimientos elementales de envidia, característicos de la relación recíproca de los miembros “fraternales” de la cooperativa como expresión de su relación con el colectivo. La especial acentuación de tales sentimientos de envidia en las sociedades “frías” se debe a una “infantilización” de los sujetos, y se corresponde con una falta de delimitación respecto del colectivo de connotaciones maternas y de los más viejos. Una versión social se encuentra, por ejemplo, en el fuerte imperativo de igualdad y de conformidad a las

normas. “Nadie debe sobresalir, cada uno debe ser y recibir igual que los demás” (Freud, 1921-1967, 60). En tales sociedades al que se desvía de la norma se le demanda aquello de lo que uno mismo se ve impedido por imperativos internos y externos. Pero el detallado listado de tareas de una gran empresa demandaba soluciones diversas y novedosas, que se correspondieran en muy diferente grado y manera con las habilidades de los diversos miembros de la cooperativa. En primer lugar se exigía que alguien se hiciera cargo de la responsabilidad, al mismo tiempo que la predisposición a ocupar las diferentes posiciones dentro del grupo de miembros de la cooperativa. Con ello se volvía una y otra vez a las normas tradicionales, en especial a la demanda de una marcada igualdad, y se atacaban los complejos de sentimientos básicos soterrados.

Los colectivos utilizaron diversos mecanismos psicosociales para defenderse de tales corrosiones intra e intersíquicas. El dirigente que por su origen y disposición psicosocial se adecuaba especialmente para los correspondientes procesos de transferencia negativa, era siempre el foco importante de las proyecciones de la agresividad. En la medida en que se trataba de antiguos “alugadores” y pequeños granjeros, se les exigían –al menos en principio– aquellas habilidades de acción autónoma que no tenían los obreros del campo, y que por su valoración positiva, no podían admitir en miembros de un estrato social cercano con el que eran ambivalentes (ver Jüngst y Jülich 1982, 71 ss). Además hay que añadir que aquellos dirigentes de primera hora apenas tenían las condiciones necesarias para tareas psicosociales complejas. Las posibilidades de confrontación, facilitadas por normativas orientadas por una democracia de base, con frecuencia pusieron en considerables aprietos internos y externos a los nuevos dirigentes, y evocaron estrategias defensivas que pudieron eventualmente ser un acicate añadido para las perturbaciones dentro de los grupos. En tales situaciones se buscaron con frecuencia “ayudas” externas (por ejemplo, representantes de una “unión” o del Partido), cuya competencia psicosocial y profesionalidad podían ser cuestionables y de ese modo inducir a nuevos enfrentamientos.

Otros importantes mecanismos de defensa de las tensiones psicosociales estuvieron representados por las frecuentes divisiones dentro de las cooperativas, que se produjeron al amparo de relaciones/animosidades de parentesco y de vecindad (por ejemplo, Costa 1989). Tales ambivalencias latentes y manifiestas que son típicas de todas las comunidades y, por tanto, también de las sociedades rurales (por ejemplo, Vester, 1991; 112) tienen su punto culminante en el marco de los procesos de grupos en crisis. Los deseos de seguridad y de apoyo que afloran se asocian a un endogrupo, en cambio las sensaciones de origen pre-edípico y edípico se asocian a exogrupos, mediante

procesos de división proyectiva. En el caso de las cooperativas agrarias portuguesas, tales procesos tuvieron su continuación, con frecuencia, en la escisión de las organizaciones, de las que sería responsable la realidad externa –que en este caso eran las condiciones "objetivas" de producción (Jüngst y Jülich 1982, 97 ss). Es decir, las relaciones laborales reflexivo-interactivas conscientes (ver Jüngst y Meder, 1990a, 56 s.) coincidieron en tales casos con corrientes de deseos, ansiedades, y agresiones que surgen en procesos primarios de los grupos, de forma que pudieron ser manejados en el sentido de una mejor resolución de las tareas de producción. Las unidades de producción, que de este modo habían quedado considerablemente reducidas, podían pasar a responder mejor a la forma de compromiso psicosocial básico de aquella fase inicial de las cooperativas. Es decir, a un compromiso que por un lado, iba dirigido a una seguridad en el "nosotros" del grupo y, por otro en cambio –incluso en la protección de ese nosotros– debía hacer posible la puesta a prueba de formas de autonomía o al menos de participación en procesos de decisión.

El último ejemplo hace ya referencia a que una gran parte de la dinámica de desajustes de grupo estuvo ligada a las tareas mismas de las cooperativas. La mayoría de las tareas laborales tomadas en consideración reflejaban por un lado, la necesidad existencial de los miembros de la cooperativa de asegurar su situación económica y, por otro lado, el esfuerzo por realizar los deseos esbozados de independencia y autonomía y, por fin, las relaciones libidinosas con la tierra y los bienes raíces del "patrón". Al mismo tiempo aquellas tareas laborales representaban en cierto modo un punto de referencia común para las ansiedades, deseos y sentimientos de envidia y de culpa, los cuales se convirtieron en virulentos en las nuevas agrupaciones psicosociológicas, y la defensa en contra de ellos, transformándolos en agresividad. Es verdad que habían desaparecido las condiciones objetivas que anteriormente impidieron el desarrollo de la fuerza del yo y de los "motivos" naturales del inconsciente, y se hicieron esfuerzos –con ellas ligados– por encontrar una vida en último término autodeterminada (compárese Bauriedl, 1985, 173). No obstante, el yo como instancia que debía mediar entre las exigencias de la realidad externa y la realidad interna dinámica, las ansiedades y deseos inconscientes (ver Laplanche y Pontalis, 1. vol. 1973, 184 ss), apenas había mostrado aquella estabilidad/flexibilidad que habrían hecho posible un nuevo estado de equilibrio de las fuerzas anímicas en el sentido de una mayor autonomía. En esta situación se ofreció a los sujetos la posibilidad de apuntalar el yo endeble mediante la acción en la realidad exterior y con ello robustecer al mismo tiempo la cohesión del grupo.

Así, los trabajos de roturación y de mejora en la fase inicial de las nuevas cooperativas de producción, frecuentemente muy desorientados, tenían un carácter demostrativo-expansivo. Como miembros de la cooperativa aspiraban a asegurarse la existencia material –y con ello acallar las ansiedades existenciales– e intentaban demostrarse a sí mismos y a los demás habilidades que antes eran exclusivas de las figuras paternas negativas. Con la “ocupación” de los grandes latifundios quizás podían calmarse los sentimientos de culpa que aún quedaban contra las viejas figuras paternas –los latifundistas desplazados y sus administradores–, intentando aprovechar mucho mejor los recursos de la tierra; un aspecto que se llamó la atención de los entonces numerosos visitantes forasteros. La poca planificación y el dilettantismo económico de tales iniciativas, tal como aparecieron con frecuencia en la fase inicial de las cooperativas, quizás no ponían de manifiesto solamente una falta de conocimientos, sino también unos componentes reactivo-maníaco en las relaciones de grupo. Como formas complejas de reacción ante la citada virulencia intra e intersíquica eran reflejo de una estrategia de salvación de defensa preventiva, de afrontamiento y dominio de las perturbaciones desencadenadas por medio del desarrollo maníaco del yo y las correspondientes acciones expansivas. Los amplios trabajos de roturación, cuestionables si se los considera desde una perspectiva a largo plazo (ver Jüngst y Jülich, 1982, 146 ss), pudieron con frecuencia llevar a la domesticación de los sentimientos agresivos, al desplazamiento de elementos de tensión intra e intersíquica en la roturación, la limpieza, el desmontaje y el laboreo que abría las entrañas del terreno (sobre procesos análogos en la colonización de Norteamérica ver Taeithel, 1981, Jüngst y Meder, 1992).

Así pues, aunque la fase de construcción de las cooperativas estuvo con frecuencia caracterizada por una cierta falta de planificación y una deficiente profesionalidad, podemos dejar constancia de que en este período de presión creadora y de impulsiva creatividad enormemente agresiva, con frecuencia se introdujeron medidas económicas de infraestructura y de organización básicas. Estas medidas, a pesar de las decisiones erróneas en los detalles, contribuyeron decisivamente a poner las bases de la subsistencia económica. Tales inyecciones de energía contribuyeron además a aumentar las posibilidades de aprovechamiento de las fincas ocupadas más allá de lo que permitían las condiciones de producción del latifundismo, que llevaban anejas agrupaciones psicosociales y formas constitucionales de subjetividad (ver *ibídem* el ejemplo de los latifundistas romanos; también Müller 1983), y que habían impuesto ciertos límites al desarrollo de la producción. Fueron esas limitaciones las que pudieron ser sobrepasadas en el marco de las nuevas estructuras psicosociales. Al mismo tiempo, estas primeras muestras de

eficacia de los grupos cooperativistas frente a la realidad externa –en medida ciertamente variable– contribuyeron a la estabilización de los respectivos grupos-nosotros y de los sujetos en ellos participantes. Así pudo producirse una parcial descarga de la interna necesidad de acción superadora en favor de posibilidades de un manejo más bien reflexivo-interactivo del cumplimiento de las tareas.

Presión de la realidad y tendencias de jerarquización: entre la vuelta al antiguo modelo y el avance psicosocial

El compromiso psicosocial descrito de la fase inicial de las cooperativas de producción, con los potenciales de desarrollo que le eran inmanentes, comenzó a mostrar signos de descomposición en los años que siguieron a la revolución. El regreso de parte de los miembros de la cooperativa a una “mentalidad típica de campesinos” y a relaciones fuertemente asimétricas con las figuras directivas, se puede entender como un renacer de anteriores constelaciones psicosociales. Los impulsos colectivos de la dinámica de grupo del inicio con sus cuotas agresivas mánico-grandiosas perdieron eficacia, entre otras cosas por la presión de la realidad exterior. Los planteamientos de una resolución de tareas interactivamente realizada sufrieron también perjuicio. Los grupos de miembros de cooperativas tendieron con frecuencia –en vistas de la creciente amenaza existencial de la supervivencia económica y social y de la frustración que se prefiguraba de los avances hacia la independencia– a reconstituir aquellas constelaciones dominantes de relación tempranas que podían construir sobre la base de la socialización primaria y secundaria. Tales constelaciones internas estaban dirigidas a la delegación (interna y externamente forzada) de la organización del trabajo colectivo a elementos ajenos al colectivo laboral.

Si las reflexiones arriba apuntadas son correctas, todos los sentimientos de furia y de odio en vista de la privación del poder y de las incumbencias propias (complejos de sentimientos que representan –a nivel de los procesos primarios subyacentes– huellas mnémicas preedípicas y edípicas) estaban inscritas en los propios individuos. En consecuencia tendían a resurgir en el encuentro con figuras directivas, cuando éstas no satisfacían todos sus deseos, debido sobre todo a que los deseos –como consecuencia de su enraizamiento en dimensiones elementales de sentimiento– carecían de límites. Esa falta de límites apenas podía ser controlada mientras siguieran existiendo estructuras de poder inequívocamente jerárquicas. La necesidad de acallar esa inquietud intra e intersíquica desembocó con mayor probabilidad en la

recreación de viejas formas psicosociales de relación, de relaciones de sumisión, en la medida que en las expectativas inconscientes de los colectivos se introdujeron a presión personas dirigentes a través de procesos de contratransferencia. Así podían ser insultados como “nuevos patrones” (Vester, 1991, 52).

El entramado de relaciones psicosociales resultantes dependía probablemente también de la capacidad de relación de cada figura directiva concreta (Bustorff s/f y Costa, 1986). En cada colectivo existe la posibilidad de un desarrollo psicosocial progresista en el sentido de una creciente individuación. Esto es más válido cuando las personas que representan las *imago* paternas del grupo son capaces de iniciar procesos de crecimiento emocional y simbólico en el grupo y en sus miembros –sobre la base de las habilidades psicosociales inconscientes y conscientes que han adquirido. Precisamente aquí se plantea la cuestión de hasta qué punto las mismas figuras directivas estaban implicadas en el entramado de relaciones que correspondían a los deseos latentes de estructuración jerárquica, o si la trayectoria vital que les había permitido llegar a ser figuras directivas cualificadas, les había posibilitado también la adquisición de competencias psicosociales innovadoras. Indudablemente podemos pensar que el rápido crecimiento del poder del “Partido” en la vida de las comunidades rurales y de la ciudad en el Alentejo, (Jüngst y Jülich, 1982, 66 ss) reforzó la tendencia a colocar en los puestos directivos a personas con hábitos más bien autoritarios. La buena preparación de las técnicas agrarias y administrativas de los directivos pudo reforzar los correspondientes procesos colectivos de regresión psicosocial, sobre todo en las grandes cooperativas con modelos extremadamente centralizados de organización (ver *ibídem* 78 ss), y particularmente en los UCPs.

Esas tendencias intra e intersíquicas hacia la creación de estructuras jerárquico-autoritarias se acompañaban de una creciente tensión con el entorno político y económico. El cambio en la tendencia política de Portugal y los años sucesivos de progresiva represión del sector cooperativo amenazaba a colectivos concretos, y posiblemente facilitó las mencionadas tendencias jerarquizantes. En vistas de la amenaza exterior, se promovieron necesidades de tipo regresivo, de fuertes estructuras directivas. Los deseos de armonía interna de grupo ganaron intensidad sobre todo en las fases de enfrentamiento activo con el poder estatal. En esto, el hostil mundo exterior brindó, aún más que al principio del movimiento cooperativista, la posibilidad de proyectar las fantasías (evocadas y al mismo tiempo reprimidas en todo proceso de vinculación colectiva) de ser devorado y vencido por un mundo objetivo exterior, y parte de las agresiones que estaban destinadas a las propias figuras directivas se dirigieron a sus líderes. En ese sentido la au-

toridad del partido Comunista y de sus representantes –que se fue imponiendo en parte del ámbito de las cooperativas y sobre todo en la opinión pública del Alentejo– se puede considerar como el equivalente a las élites directivas dentro los grupos políticos conservadores. Así el radical enfrentamiento de las diferentes agrupaciones psicosociales subrayó el significado de las respectivas figuras directivas, especialmente debido a que las agresiones evocadas contra unas podían ser dirigidas contra las otras (sobre el apoyo alternativo de sistemas psicosociales contrarios véase, entre otros, Elias 1983).

En la medida en que tales polarizaciones y confrontaciones no tuvieron un éxito duradero –por el contrario, las cooperativas fueron perdiendo sus posibilidades de subsistencia– se produjo entre sus miembros un estado de ánimo resignado-infantil, descrito, entre otros, por Reis como “mentalidad de empresario”, como “miedo a la iniciativa, al riesgo y a la responsabilidad” (Reis, 1990, 37;ss, y Nave, 1990, Grajewski, 1989). Las necesidades inmediatas de seguridad o incluso intentos de volver a un modo de ocupación asalariada con sus inequívocas instrucciones y mandatos fueron prioritarias, aunque a distintos niveles, en la acción de los sujetos y grupos. Por otro lado, en muchas cooperativas la presión cada vez mayor y difícilmente evitable se fue transmitiendo hacia dentro, en la dirección de una postergación de los grupos estructuralmente más débiles –las mujeres, los jóvenes, los menos cualificados, los ancianos, etc. Al mismo tiempo, en distintas cooperativas aparecieron algunos fenómenos de desintegración como el aumento de egoísmo y disminución de rendimiento. Con ello revivían de nuevo pautas de conducta pre-revolucionarias, que eran a la vez eran reflejo de la frustración por el fantaseado fracaso del grupo de sus líderes y del escaso rendimiento. En ese sentido, representaban actos encubiertos de agresión como los que anteriormente se produjeron contra los latifundistas. Estados de ánimo agresivos se dirigían en parte directamente contra las figuras paternas que ya no se las consideraba competentes en su función de proveedoras: contra el personal directivo. Al culparles del fracaso (Vester, 1991, 140-165), se había encontrado un destinatario tanto para la presión del exterior como para la correspondiente corrosión interna de grupo. Además se manifestaron fenómenos de desintegración de carácter agresivo entre antiguos “fijos” y “temporeros” (ibídem), que en definitiva ya habían pasado por una relación tensa durante la época prerrevolucionaria.

Naturalmente la vuelta a las antiguas formas de relaciones no fue completa; se habían creado procesos de apertura psicosocial y cultural, se adquirió un conocimiento sobre otras posibilidades (incluidas las ajenas al mundo rural), y sobre todo se creó una estructura de organización que, en

principio, permitió un control exagerado. Al mismo tiempo representaban la posibilidad de una actuación diferente ante los planteamientos empresariales y sociales (problemas de disciplina laboral trabajo, de absentismo y de beneficio privado en el puesto de trabajo; Vester, 1991, 51). La vuelta a las antiguas pautas de relación quedó, en todo caso, dificultada por las modificaciones que se habían producido en el mundo exterior; se estimularon –a través de los medios, y en diferente grado según las regiones o según las relaciones laborales o de parentesco– nuevas estructuras económicas y sociales *in situ* (ver Vester, 1991), pero también aparecieron nuevas agrupaciones políticas y culturales en el ambiente rural. Además, las diversas formas de afrontar los conflictos influyeron en los núcleos psicosociales del mundo obrero rural. En un estudio comparativo, Costa señala que existían formas de enfrentamiento social que iban desde “las experiencias sindicales de largos años de transformación y lucha obrera”, hasta “actitudes fatalistas de impotencia” en lugares aislados (Vester, 1991, 112; Costa, 1989).

Con tales experiencias y consecuencias históricas (aunque también inmediatas) se alimentó la liberación y reformulación de fuerzas edípicas y se marcó el posterior desarrollo de procesos psicosociales. Por un lado, dada la presión existencial que sufrían las cooperativas, llevó a una represión posterior de los procesos democráticos de decisión y a un fortalecimiento de la capacidad de decisión del presidente. Esto es lo que claramente sucedió en las grandes cooperativas con estructuras que los miembros particulares no podían manejar, y que se hallaban en la necesidad de una *dirección* profesional (ver Vester, 1991, 164).

Por otro lado, la creciente marginación de la reforma agraria y la inutilidad de la polarización política estimularon procesos psicosociales de aprendizaje, facilitando la tendencia de los grupos y de los sujetos a la emancipación. Es decir, se sustituyeron las estrategias heredadas (más bien pasivas) de supervivencia, la “inercia de las costumbres” y los “intereses particulares” de los miembros de las cooperativas, a la vista de la crisis, por normas “de la solución pública de conflictos y sobre todo de consenso común y de búsqueda de soluciones” (Vester, 1991, 51; Nave, 1990, 130-200). Podemos interpretarlos como progresos de la dinámica de grupo en la dirección de una dialéctica sujeto-grupo, aunque todavía muy precaria. Esos procesos fueron muy eficaces en los lugares donde se impusieron procesos de aprendizaje “en dirección hacia un mayor compromiso y responsabilidad” en la tarea común de las cooperativas, y estuvieron ligados a un estado permanente “de la negociación y de los intereses y valores divergentes, del consenso incierto, que se mueve siempre al filo de la ruptura”. (Nave, 1990, 168).

El éxito temporal de las correspondientes formas de toma de decisión y de responsabilidad fue apoyado por la eficacia, esta vez positiva, de las orientaciones conductuales colectivas, como las de las sociedades “frías” y que en cierto modo eran también válidas para el “pueblo” del Alentejo: en este caso los principios de solidaridad recíproca, “fraternal”, y las cualidades de tipo “materno”-familiar del grupo-nosotros. Durante tiempos de necesidad en el Alentejo “las personas sobrevivieron gracias a la economía de subsistencia, una red de ayuda y sustento recíprocos entre parientes, vecinos y conocidos”. Esa red ayudó a muchas familias a mantenerse fieles a la cooperativa, aun cuando ésta no pudiera pagar sueldo alguno. La llamada “economía colectiva de subsistencia” permitió a las cooperativas seguir trabajando allí donde las empresas capitalistas habían entrado hacía mucho tiempo en bancarrota (Vester, 1986, 501). Es verdad que la traducción positiva de tales principios de solidaridad en realidades dependía, entre otras cosas, del grado en que se lograra dentro de las cooperativas superar la tendencia a diferenciar entre los grupos de parentesco y de vecindad, en beneficio de una orientación favorable al colectivo general. Este aprendizaje posiblemente se realizó sobre todo en sitios donde ciertas influencias y experiencias previas locales, por ejemplo de lucha laboral y de resistencia política, habían creado una buena capacidad de emancipación de los miembros de la cooperativa como punto de partida del desarrollo psicosocial, y al mismo tiempo existían figuras de liderazgo con buenas habilidades psicosociales (así, por ejemplo, los estudios de caso de Costa (1986) aportan contextos de este tipo). En tales casos era posible prescindir de lazos establecidos en procesos primarios en beneficio de orientaciones simbólicas más altas (Bauriedl, 1980, 66 ss), que implican la capacidad de hacer frente a las fuertes ambivalencias que se producen en las relaciones de grupo.

Referencias

- Avante Kulturarbeit. Bericht über ein Projekt auf der Kooperativen "Soldado Luis". En *Urbs et Regio*, 27, 1982, S. 251-262.
- Bauriedl, Th. (1980): *Beziehungsanalyse*. Das dialektisch-emanzipative Prinzip der Psychoanalyse und ihre Konsequenzen für die psychoanalytische Familientherapie. Frankfurt.
- De Barros, A. (1986): *Do Latifundismo e Reforma Agrária – O Caso de uma freguesia Baixo Alentejo*. Oeiras.
- Blos, P. (1978): *Adoleszenz. Eine psychoanalytische Interpretation*. Stuttgart.
- Bustorff, J.-Jüngst, P.-Wallraff, G. (1982): Estrela Vermelha – Interview zu Lebens- und Aktionsformen auf einer portugiesischen Agrarkooperativen. En *Urbs et Regio*, 27, S. 232-249
- Bustorff, J.-Jüngst, P.-Wallraff, G.: Tagebuch aus der Agrarreform. Msch. Manuscrito s/f Cooper, D. (1972): *Der Tod der Familie*. Reinbek.
- Costa, R. (1986): Die Bedeutung der portugiesischen Agrarreform für die Veränderung der Lebens- und Arbeitsverhältnisse der ländlichen Bevölkerung. Eine Empirische Untersuchung zur Entwicklung ausgewählter Kooperativen im Kreis Alcacer do Sal. Tesis no publicada, Hannover.
- Costa, R. (1989): Agrarreform und Lebensverhältnisse in drei Dörfern des Kreises Alcacer do Sal – eine Fallstudie zur Entwicklung ausgewählter Agrarkooperativen. Bearbeitung Andrea Lange. Hannover.
- Cutileiro, J. (1971): *Ricos e Pobre no Alentejo*, Lissabon (A Portuguese Rural Society, Oxford).
- Elias, N. (1983): Die Fischer im Mahlstrom. En Elias, N.: *Engagement und Distanzierung*. Frankfurt, 75-183.
- Erdheim, M. (1973): *Prestige und Kulturwandel*. Eine Studie zum Verständnis subjektiver und objektiver Faktoren des kulturellen Wandels zur Klassengesellschaft. Wiesbaden.
- Erdheim, M. (1982): *Die gesellschaftliche Produktion von Unbewusstheit*. Eine Einführung in den ethnopsychanalytischen Prozess. Frankfurt.
- Federn, P. (1988): *Zur Psychologie der revolution*. Die vaterlose Gesellschaft (1919). Reimpresso: Luzifer-Amor-Zeitschrift zur Geschichte der Psychoanalyse, H.2, 13-33.
- Freud, S. (1921): *Massenpsychologie und Ich-Analyse*. En GW XIII: 71-161.
- Grajewski, R. (1989): Die Produktivgenossenschaft "Vitória do Sado" im Kreis Alcacer do Sal – Eine Fallstudie zur wirtschaftlichen und sozialen Entwicklung einer Agrarkooperativen 1975-1989. Hannover.
- Heigl-Evers, A.-Heigl, F. (1979): Die tiefenpsychologisch fundierte (analytisch orientierte) Gruppenpsychotherapie. En Heigl-Evers, A. und Streek, U. (Hrsg.): *Die Psychologie des 20. Jahrhunderts*, 8, Zurich, 802-811.
- Heigl-Evers, A.-Heigl, F. (1983): Die projektive Identifizierung – einer der Entstehungsmechanismen psychosozialer Kompromissbildungen in Gruppen. En *Gruppenpsychotherapeutische Gruppendynamik*, 18, 316-327.
- Jüngst, P. (1988): "Macht" und "symbolische Raumbezogenheit" als Bezugsgrößen innerstädtischer Differenzierungsprozesse in der Industriellen revolution. *Urbs et Regio*, 46, Kassel.

- Jüngst,P.(1993): Psychosoziale Kompromißformen in der portugiesischen Agrarre-
volution. Überlegungen zur intra- und interpsychischen Dynamik alentejanischer
Lansarbeiter. En Vester,M.(Hg.): *Unterentwicklung und Selbsthilfe un europäis-
chen Regionen. Hannover, 248-269.*
- Jüngst,P.(1995): *Psychodynamik und Stadtgestaltung.* Erdkundliches Wissen, 120,
Stuttgart.
- Jüngst,P.(1996): Imitationsriten und gesellschaftliche Aggressivität. Zur Kanalisierung
psychischer Ambivalenzen in unterschiedlichen Gesellschaften und raumzeitlichen
Kontexten. En Janus,L.(Hg.): *Documentación del Congreso Anual de Psychohis-
torischen Gesellschaft.* Heidelberg, 1-28.
- Jüngst,P.-Jülich,V.(1982): Die portugiesische Agrarreform – Verlauf, regionale und
ökonomischsoziale Strukturen und Prozesse, Rahmenbedingungen. En *Urbs et Re-
gio*, 27, Kassel, 6-231.
- Jüngst,P.-Meder,O.(1990a): Das scheinbare Ende des Martyriums. Der christliche My-
thenkomplex auf dem Weg zum staatstragenden Korsett. En *Fragmente – Schrif-
tenreihe zur Psychoanalyse*, 32/33. Kassel, 166-183
- Jüngst,P.-Meder,O.(1990b): Psychodynamik und Territorium. Zur gesellschaftlichen
Konstitution von Unbewußtheit mi Verhältnis zum Raum. Bd. 1: Experimente zur
szenisch-räumlichen Dynamik von Gruppenprozessen: Territorialität und präsenta-
tive Symbolik von Lebens- und Arbeitswelten, *Urbs et Regio*, 54 Kassel.
- Jüngst,P.-Meder,O.(1990c): Die Innenstadt als Identifikationsraum.En Riedel,U.(Hrsg):
Erlebnisraum Innenstadt. Bremen, 49-62.
- Jüngst,P.-Meder,O.(1992): Psychodynamik und Territorium. Zur gesellschaftlichen
Konstitution von Unbewußtheit mi Verhältnis zum Raum. Bd. 3: Territorialität und
präsentative Symbolik der römischen Welten und die psychosoziale Kompromißfä-
higkeit ihrer Eliten. Kassel.
- Laplanche,J.-Pontalis,J.B.(1973): *Das Vokabular der Psychoanalyse*, 1. Francfort.
- Lévi-Strauss,C.(1960): *Traurige Tropen.* Köln.
- Lévi.Strauss,C.(1975): Das Feld der Anthropologie. En *Strukturelle Anthropologie II*,
Francfort, 11 ss.
- Lorenzer,A.(1973): *Sprachzerstörung und Rekonstruktion.* Francfort.
- Lorenzer,A.(1983): Interaktion, Sprache und szenisches Verstehen. En *Psyche* 37,37 ss.
- Martínez-Alier,J.(1968): *La estabilidad del Latifundismo.* París
- Meder,O.(1988): “Wehe du verläßt mich”! sozialgeographische Anmerkungen zur Be-
deutung des Waldes in den Märchen “Hänsel und Gretel” sowie “Rotkäppchen”. En
Urbs et Regio, 48, Kassel, 122-146.
- Mendel,G.(1972): *Die Revolte gegen den Vater.* Eine Einführung in die Soziopsych-
analyse. Francfort.
- Müller,K.(1983): Unterentwicklung durch “Rentenkapitalismus”? Geschichte, Analyse
und Kritik eines sozialgeographischen Begriffs und seiner Rezeption. *Urbs et Regi-
o*, 29, Kassel.

- Nave,J.G.(1990): Identidade social e ética do trabalho nos assalariados agrícolas do Alentejo. A empresa colectiva e a comunidade no espaço rural pós-latifundista.Un estudo do caso.
- Raeithel,G.(1981): "Go West". *Ein psychohistorischer Versuch über die Amerikaner*. Francfort.
- Reik,Th.(1919): Probleme der Religionspsychologie. *Internationale Psychoanalytische Bibliothek* Nr. 5, Leipzig.
- Reis,M.M.(1990): Pós-latifundismo –uma ruralidade transformada? Uma aproximação sociológica aos processos de desenvolvimento local no espaço rural pós-latifundista.
- Vester,M.(1986): A Reforma Agrária Portuguesa como Processo Social. En *Revista Crítica de Ciencias Sociais*, 481-516.
- Vester,M.(1987): Sozialismus, Dorfgesellschaft und Agrarreform in Portugal. En *Leviathan – Zeitschrift für Sozialwissenschaft*, H.3, 407-431
- Vester,M.(1991): *Modernisierung und Entwicklung in Südpotugal 1950-1990*. Hannover.

* *Este trabajo es una versión modificada del que se publicó en alemán en el libro de Michael Vester Subdesarrollo y autoayuda en las reiones europeas, 1993. La versión castellana del trabajo ha sido posible por la colaboración de Angel Rodríguez.*

Peter Jüngst pertenece al Departamento de Ciencias Sociales Aplicadas y Ley en la Universidad de Kassel. Sus intereses académicos se sitúan entre la psicohistoria y psicogeografía. Es profesor de Geografía Social y Geografía Aplicada. Especializado en temas de *territorialidad* desde la perspectiva psicodinámica. Autor de *Psychodynamik und Stadtgestaltung. Zum Wandel präsentativer Symbolik un Territorialität von der Moderne zur Postmoderne. Universität Gesamthochschule Kassel. Fachbereich 6, Angewandte Sozialwissenschaften, Rechtswissenschaft. D-34109 Kassel. Alemania*